

CHRISTIAN BOBIN  
**LA MÁS QUE VIVA**

**Traducción de Cristóbal Gutiérrez Carrera**



**LIBROS CANTO Y CUENTO**

EL suceso de tu muerte lo ha pulverizado todo en mí.

Todo menos el corazón.

El corazón que tú me has hecho y que me sigues haciendo, que modelas con tus manos de desaparecida, que sosiegas con tu voz de desaparecida, que iluminas con tu risa de desaparecida.

Te amo. No sé escribir otra cosa, no encuentro otra cosa que escribir más que esta frase. Eres tú quien me ha enseñado a escribirla, eres tú quien me ha enseñado a pronunciarla como es debido, con gran

lentitud, separando cada palabra, con una lentitud de siglos, con esa adorable lentitud tuya cuando te entregabas a cosas prácticas, hacer una maleta, ordenar una casa. Eres la mujer más lenta que he conocido nunca, la más lenta y la más rápida, cuarenta y cuatro años de tu vida han pasado como un relámpago muy lento tragado de un golpe por la oscuridad.

Te amo. Es la frase más misteriosa que existe, la única digna de ser comentada por siglos. Cuando se pronuncia entrega toda su dulzura, cuando se pronuncia como es debido, en silencio, en el secreto de tu muerte reciente: *je t'aime*, la *e* de la última palabra apenas suena, bate las alas y echa a volar. Te amo, Ghislaine, está fuera de toda cuestión poner esta frase en imperfecto, las flores en la tumba de Saint-Ondras, en Isère, se marchitaron una semana después del entierro; te amo,

esta frase sigue viva, y el tiempo para decirlo cubre justo el tiempo de una vida, ni más, ni menos.

El 12 de agosto de 1995, en Creusot, la muerte te agarra por los pelos, crees quejarte de migraña, crees decir algo anodino y caes: una lluvia de estrellas rojas por todo tu cerebro, rotura de aneurisma, es lo que dicen los médicos, es ese su nombre para decir lo indecible, esa repentina hemorragia de fuerza en el cuerpo de quienes te aman: la sangre que deja de correr por las venas de los muertos, son sus vivos quienes la pierden.

No has tenido ocasión de estar enferma, la muerte ha descendido sobre ti sin avisar, como el águila negra de la canción de Barbara. Te gustaba mucho esa cantante, te gustaba su voz despreocupada, libre y amorosa, «un buen día o quizás una

noche, dormía junto a un lago cuando de pronto, como rasgando el cielo, surgida de la nada, apareció el águila negra», sus alas te han cubierto en un instante, Ghislaine, sus alas eran tan grandes que la sombra ha caído sobre quienes te amamos, y por mucho tiempo.

**N**ECESITAMOS nacer dos veces para vivir un poco, aunque solo sea un poco. Necesitamos nacer a la carne y luego al alma. Los dos nacimientos son como un desgarró. El primero arroja el cuerpo al mundo, el segundo impulsa el alma al cielo. Mi segundo nacimiento comenzó al verte entrar en una habitación, un viernes de finales de septiembre de 1979, hacia las diez de la noche. Te conozco esa noche en casa de tu primer marido, llegas cuando yo me dispongo a marchar, regresas de tu agotadora vida y estás ahí, delante de mí, cómo decirlo:

para siempre —ni siquiera tu muerte puede impedirlo—. El resto es sencillo como un juego de niños: yo te sigo. Te sigo en ese primer matrimonio, luego en tu divorcio, más tarde en tu segundo matrimonio. Atravieso los recuadros de la rayuela a la pata coja, tú continúas adelante y yo te sigo.

Durante dieciséis años te acompañé a todas partes y entonces, el 12 de agosto de 1995, no pude, fue imposible. No comprendo por qué es imposible, es como si estuvieras detrás de un cristal o detrás del aire, detrás de algo que no es más grueso que un milímetro de aire, de luz y de cristal, estás justo al otro lado, cuando miro no veo nada. Si miro bien, durante mucho tiempo —y escribo estas líneas para mirar bien, para mirar mucho tiempo este milímetro de aire, de luz y de cristal—, si miro bien me digo que

terminaré por ver, por comprender, y aunque mis ojos se hagan a la oscuridad, aunque el deslumbramiento de muerte disminuya de intensidad, aunque un día vea y comprenda, yo sé que ese milímetro de aire, de luz y de cristal seguirá siendo para mí infranqueable, y en cambio tú lo franqueaste en un segundo. Es cierto que poseías todos los dones, es cierto que escribo también para eso, para decir: sé lo que es un genio, he conocido uno en mi vida, durante dieciséis años he acompañado a un genio, tú no escribías, no pintabas, no eras lo que se dice una artista, erudita o Dios sabe qué, tú eras el genio en estado puro; el genio está compuesto de amor, de infancia y más amor, quisiera que se te viera así, como eras, como eres, un portento de infancia y de amor puro, todos los dones en un corazón rojo como fuego.

En Cristo no pienso. No es un olvido, no es un alejamiento. No pienso en él, sencillamente. Eres tú quien me lo ha dado o —no sé muy bien cómo decirlo— quien me lo ha devuelto, a no ser que se viera atrapado entre nosotros dos, como aquello que en un amor escapa a los humores del uno y del otro, lo que relumbra a pesar de todos los oscurecimientos, algo que persiste, que insiste, algo o alguien, pero por el momento no pienso en ello, no le pongo nombre, no abro Biblia alguna, solo llegaré a ese algo cuando esté depurado de toda consolación, limpio de todo imaginario. Sé muy bien que no te volveré a ver sobre esta tierra, que se ha acabado tu risa sobre la tierra, el sonido de tus pasos sobre la tierra, me conformo por ahora con saber esto: la ternura que recibía de ti la sigo recibiendo, hoy ha alcanzado su punto

máximo, sale de tu sepultura abierta en la que he visto, en la que durante mucho tiempo he visto y contemplado tu ataúd de madera clara y los otros dos ataúdes podridos, como dientes negros en una boca enferma, justo encima del tuyo. Me es preciosa esta visión, la conservo junto a mí, busco una luz que *perdure* a mi lado, busco esa luz escribiéndote, es como un encargo que me dejas y ese encargo es un don más, el más puro quizá; te doy gracias, Ghislaine, lo he perdido todo al perderte y doy gracias por esa pérdida; te quiero con locura, busco ternura, luz, amor en esa locura, y en cuanto a Cristo, ya veremos.

Bella, sí, bella, de esa belleza que dan a un rostro de mujer los aires de la libertad, bella, alegre, tierna, atenta, divertida, despreocupada, cansada, ligera, insoportable, adorable, desordenada,

risueña, desesperada, cantarina, soñadora, una vez más, desordenada, y lenta, muy lenta y libre y bella *como la vida*; tan solo me falta meter en esa belleza viva la negra luz de tu muerte como un detalle más, culmen de desorden y de gracia, sí, de gracia.

Medito, medito muchísimo, me encuentro ante tu muerte como ante un enigma, un pensamiento que no sé muy bien qué contiene de tierno y de terrible. Sospecho que no tengo elección y que, para llegar a acariciar lo tierno, debo aceptar también lo terrible. Todo lo que me has dado siempre ha sido noble y puro, busco lo que tu muerte oculta de noble y de puro; escribo como me has enseñado a hacerlo: busco materia de alabanza en todo, también en lo peor.